

PERFIL DEL DR. MANUEL LUIS MARTÍ

PROFILE OF DR. MANUEL LUIS MARTÍ

Quizás mi interés por la diabetes haya nacido al saber que mi bisabuela María Francisca Bonnín, quien murió en 1920 a causa de la gripe española, padecía una diabetes tipo dos de lenta evolución y su forma de controlarla consistía en mojar su dedo en la orina y luego probarlo para saber si tenía glucosuria.

Un método eficaz y sencillo aunque no muy recomendable en esas épocas anteriores al descubrimiento de la insulina. Mi bisabuela se fue un año antes del hallazgo de la hormona efectuado por Frederick Banting y Charles Best en el verano boreal de 1921, en la Facultad de Medicina de Toronto, Canadá.

Lo cierto es que dentro de mi vocación por la Medicina, la única que recuerdo haber tenido, la diabetes siempre ocupó un lugar preponderante.

En 1947 leí la noticia que Bernardo Houssay había recibido el Premio Nobel de Medicina por investigaciones realizadas sobre la enfermedad que me interesaba. La noticia era pequeña porque Houssay había sido jubilado de oficio a los 59 años por no ser aceptado por el gobierno peronista. Cosas que ocurrían y que a veces olvidamos.

Cursé la primaria en la Escuela N° 25 del Consejo Escolar Segundo, doméstica, sencilla y con maestros que vivían dignamente de su trabajo. Fui un buen alumno.

En 1949 ingresé en el Colegio Nacional de Buenos Aires, el "Colegio de la Patria", del cual egresé como Bachiller en el año 1954 para comenzar la carrera de Medicina en la Facultad de la Universidad de Buenos Aires al año siguiente, en 1955, en la época de la llamada "Revolución Libertadora".

Mi padre era Bioquímico y Jefe en el Hospital Durand y antes de terminar el bachillerato comencé a concurrir al laboratorio; luego continué a su lado en el laboratorio que tenía en el piso alto de mi casa donde aprendí el orden, la humildad y el amor por la tarea que se realiza.

La glucemia se determinaba con el reactivo de Folin y Wu, que medía todas las sustancias reductoras de la sangre, producía un color azulado que,

cuanto más intenso era, indicaba una mayor cantidad de glucosa. Se comparaba con un testigo en el fotolorímetro. Cuando se igualaba el color, a un costado aparecían los números con la concentración de glucosa. La cifra normal de glucemia era de 1,25 gramos por litro. Por encima de esta concentración era diabetes, por debajo se consideraba normal. La glucosuria se investigaba con el "Licor de Fehling" o el reactivo de Benedict.

La determinación era cuali-cuantitativa y cuanto mayor era el color amarillento se informaba con cruces (+), desde una hasta cuatro cruces.

Con el tiempo aparecieron las cintas; primero las de orina y luego las de determinación sanguínea, que se comparaban con una escala de colores impresa en la etiqueta del frasco.

Luego surgieron los reactivos de glucosa oxidasa que medían la glucemia y no los cuerpos reductores; la glucemia normal se estableció en 110 mg por ciento.

Se comenzaron a utilizar las pruebas de sobrecarga de glucosa con mayor asiduidad; ya habían sido empleadas por Pedro Escudero en la primera mitad del siglo.

Hice 15 meses de servicio militar, lo que me atrasó el diploma de médico que obtuve el 23 de abril de 1962, e ingresé en la Primera Cátedra de Clínica Médica en las Salas V y VII del viejo Hospital de Clínicas, hoy demolido, que había sido ocupada por Abel Ayerza y Mariano Castex y cuya titularidad en esos momentos era de Egidio Mazzei, discípulo de este último.

En esta Cátedra cursé las dos Clínicas Médicas, por lo que conocía a sus médicos.

Con Félix Ernesto Puchulu y Maximino Ruiz -con quien habíamos cursado el Bachillerato- comenzamos a trabajar en unos consultorios del subsuelo, "Las catacumbas", en lo que llamamos la "Sección de enfermedades metabólicas y diabetes" donde atendíamos una cantidad muy grande de enfermos. Al mismo tiempo nos dedicábamos a la investigación clínica y trabajábamos en nuestras tesis de doctorado: Félix en "Hipoglu-

cemiantes orales"; Maximino en "Prediabetes" y yo en "Factores genéticos en la patogenia de la diabetes"; las tres recibieron el Premio Facultad de Medicina a la mejor tesis de doctorado.

Al poco tiempo se creó en la Cátedra la primera Residencia de Clínica Médica del Hospital de Clínicas a la cual ingresé en 1963.

Hasta ese momento la mortalidad del coma diabético en la Cátedra era del 50%, en tanto en la Clínica Joslin, de Boston, era del 5%. Durante los cinco años que estuve en la Residencia (tres como Residente y dos como Jefe) no murió ningún enfermo de coma diabético, lo que subraya la importancia de la presencia del médico y del correcto tratamiento. La terapia intensiva no se había instalado aún y alguna vez traté una acidosis grave en el domicilio del enfermo, sin laboratorio, y guiándome sólo por los signos clínicos.

Por intermedio de Félix Ernesto comencé a colaborar en la consulta del Prof. Félix Puchulu, su padre, discípulo de Pedro Escudero y uno de los practicantes, junto a Pedro Landabure, que aplicaron por primera vez insulina en nuestro país, el 1° de agosto de 1923, a una paciente con un precoma diabético.

El Dr. Puchulu fue uno de los médicos que permaneció en el Hospital de Clínicas cuando Escudero se fue del nosocomio al crear el Instituto de la Nutrición y dedicarse por completo a este tipo de patología. Fue Prof. Adjunto de Clínica Médica y estuvo a cargo de la Cuarta Cátedra, entonces en Charcas y Uriburu, hasta 1953, cuando se retiró siendo aún joven por no sentirse cómodo con el ambiente político imperante en esa época.

Era un clínico completísimo y nada de la Medicina le era ajeno. Luego de su alejamiento de la Cátedra se dedicó de lleno a su consultorio que era uno de los más concurridos de Buenos Aires. Por mi parte, lo ayudaba en las visitas domiciliarias que, a veces, realizaba con él.

Nunca encontré en mi vida una persona con la superioridad moral del Prof. Puchulu. Era de una humildad estoica, jamás le oí levantar la voz, tenía un enorme respeto y afecto por la Medicina y los enfermos; fuera de la profesión se dedicaba por completo a su familia, su mayor entretenimiento era concurrir al teatro Colón con su mujer los domingos por la tarde con su abono de Ópera. Murió en su consultorio leyendo un libro de Gregorio Marañón, una tarde, después de la tarea cotidiana.

Fue mi modelo, como médico y ser humano. Todo en él era enseñanza y ejemplo moral. Con

su hijo Félix Ernesto tuvimos una amistad fraterna y con su nieto Félix Miguel, a quien conozco de recién nacido, un afecto paternal.

Al mismo tiempo nos hicimos miembros de la Sociedad Argentina de Diabetes; en un par de años fuimos miembros titulares en razón directa con el número de trabajos que presentábamos.

La Sociedad no tenía sede propia y nos reuníamos en la Asociación Médica Argentina de la Avenida Santa Fe. Fui Secretario cuando Néstor Serantes ocupaba la Presidencia (tuve el mismo cargo cuando él fue Presidente de la Asociación Latinoamericana de Diabetes). Las reuniones eran a las 21 horas y comenzaban a esa hora con el público que hubiera.

Néstor Serantes era también un ejemplo moral, afectuoso, de una laboriosidad desbordante, dedicado a su profesión, con profundas raíces religiosas, de gran cultura y una numerosa prole. Fue el primero en ocuparse de la diabetes y embarazo. Ha sido otro de mis guías; su lema era el trabajo frente a cualquier obstáculo o dificultad y la ética como basamento de la Medicina.

En la Comisión Directiva siguiente fui elegido nuevamente Secretario, esta vez con la Presidencia de Bernardo Nusimovich, un personaje simpático y querible, con muy inteligentes trabajos de investigación; fue quien utilizó la prednisona como agregado en las pruebas de sobrecarga a la glucosa.

A principios de 1971 nombramos a Luis Federico Leloir miembro honorario de la Sociedad. Tuve la oportunidad, entonces, de ir a buscar a su casa de Viamonte y Boulogne Sur Mer a Don Bernardo Houssay, algo decaído en lo físico pero pleno de vitalidad intelectual. Fue una de sus últimas salidas pues falleció ese mismo año en el mes de septiembre.

Con Nusimovich intentamos realizar el Primer Congreso de Diabetes, pero éramos tan pocos que resultó imposible organizarlo.

En ese tiempo la Sociedad viajaba al interior del país con tres miembros que disertaban sobre temas de Diabetología. En una oportunidad tuve la compañía del Dr. Serantes y del Prof. Pedro Landabure, uno de los discípulos dilectos de Pedro Escudero y Prof. Titular de Nutrición. El curso que dimos fue en Salta y lo recuerdo especialmente por la presencia de ambos maestros.

Por esa época comencé la carrera docente en Medicina Interna, que culminó mucho tiempo después con el nombramiento de Prof. Titular y con el

actual de Prof. Emérito y un Premio a la Trayectoria de la Universidad de Buenos Aires.

Siempre creí que la diabetes es una enfermedad de la Medicina Interna, aunque una hormona esté involucrada en su patogenia y el régimen dietético forme parte de su tratamiento. Pedro Escudero, el creador de la Diabetología Clínica Argentina, aseguraba que la persona con diabetes era el mejor enfermo de la Clínica Médica.

En el Hospital, la Sección de la Primera Cátedra pasó a ser Sección del Departamento de Medicina, con la mudanza al hospital nuevo, para finalmente devenir en División Diabetología gracias a la tesonera labor de Maximino Ruiz.

Fui Jefe por un breve lapso y en la actualidad soy Consultor, con la Jefatura de Félix Miguel, el tercero de la saga de los Puchulu.

Estudí Historia con José Pérez Amuchástegui en la Facultad de Filosofía y Letras lo que derivó en diversas investigaciones sobre la historia de la diabetes.

Tuve otra vocación paralela y oculta: nueve libros de poesía, dos de ensayo, uno de narrativa y un diccionario con 2.500 frases y citas latinas para la vida diaria.

En la Sociedad continuamos trabajando y los tres fuimos presidentes; por mi parte también fui Director de la Escuela de Graduados, Presidente del XIII Congreso Argentino de Diabetes y Director de la Revista.

Durante mi presidencia nos tocó el "corralito" a pesar del cual pudimos salir airosos del trance. Como herencia dejé los Comités de Trabajo de los temas más trascendentes de la Diabetología que, afortunadamente, aún sobreviven.

En ese período también se escrituró el departamento 74, adyacente a la primera sede de la So-

ciudad. Para sucederme en el cargo propuse a la Dra. Carmen Mazza, la primera mujer en acceder al cargo, por lo que soporté algunas críticas, aunque parezca mentira.

La vida continuó con buenos momentos y también de los otros, pero la dedicación a la diabetes se mantuvo invariable.

Con mi fraternal amiga Martha Sereday trabajamos durante muchos años en el tema de la epidemiología de la diabetes y fundamos el Grupo Latinoamericano de Epidemiología de la Diabetes (GLED) que aún persiste. Tuvimos varios premios, entre ellos, el Mariano Castex, de la Academia Nacional de Medicina.

Participamos del grupo Diabetes Mondial (DIAMOND) y realizamos un estudio de prevalencia de la diabetes tipo 1 en Avellaneda, con entrevistas personales a 54.000 escolares.

Con Julio César Bragagnolo escribimos un "Manual de tratamiento de la diabetes tipo 2", de buena aceptación.

Publiqué 190 trabajos, 200 comunicaciones, unos 20 libros y dicté 300 conferencias.

Entre tanto Félix Ernesto y Maximino Ruiz se nos han ido, he quedado como sobreviviente de una amistad fecunda.

En la Academia Nacional de Medicina ocupé, desde el año 2005, el sitio número veintiséis, dedicado por primera vez a la diabetes y hasta 2018 seré el Presidente de la Institución. También soy Miembro de la Real Academia Nacional de Medicina de España.

Un dicho inglés advierte que no se debe hablar de Dios, de la bandera y de uno mismo. Creo que, a pesar de mi persistente bajo perfil, no he cumplido con esta última recomendación, por lo que me disculpo, aunque no tuve otra alternativa.